

FILIPINAS

Trás un tifón, una parte de Filipinas fue devastada en mayo pasado por inundaciones. Como señala el señor J. M. Goudstikker en un artículo del que transcribimos largos pasajes, la Cruz Roja Filipina intervino inmediatamente y prestó auxilio urgente a cientos de miles de víctimas.

Con sus 79 Secciones y su personal permanente que comprende 500 personas, la Cruz Roja Filipina se halla presente en todo el territorio de Filipinas, en todas las provincias y en todas las ciudades, extendiendo su acción hasta la aldea más pequeña y los habitantes de las montañas, que, a menudo, quedan aislados durante varios meses al año. Cuando el tifón Olga, con su cortejo de lluvias e inundaciones, castigó el archipiélago entre el 18 y el 27 de mayo de 1976, la Sociedad nacional movilizó todos sus recursos y personal para prestar auxilio urgente a los siniestrados y a la población afectada, cuyo número iba creciendo rápidamente.

Centenares de jóvenes asimismo han intervenido durante varios días, voluntariamente, para enviar en vehículos anfibios y helicópteros del ejército los víveres y medicamentos que necesitaban los grupos de población que, cada vez en mayor número, iban quedándose aislados a causa de la subida de las aguas, y se encontraban en situación muy penosa sufriendo los vientos huracanados y las violentas corrientes de los ríos que devastaban todo a su paso, y la falta de corriente eléctrica, de alimentación, mantas etc. El gobierno filipino y la Cruz Roja nacional han atacado de frente la difícil situación, que ha durado una semana, mediante el Centro de coordinación de las operaciones en casos de catástrofe (National Disaster Coordinator Committee - NDCC), organizado tras las inundaciones de 1972.

El principal problema de la operación de asistencia del NDCC ha sido llevar a las ciudades y pueblos que se encontraban completamente aislados, víveres en cantidad suficiente, asistencia sanitaria adecuada y, a veces, evacuar a los habitantes que habían permanecido en lugares algo elevados, de algunos metros cuadrados de superficie, rodeados por

las aguas. Las provincias de Bulacan, Pampanga, Tarlac, Pergasinan, Nueva Écija, Cavite, y toda la zona metropolitana de Manila han permanecido anegadas durante varios días, sobrepasando el nivel de las aguas los tres metros, el segundo y tercer días de lluvias. A vista de pájaro, la región, habitualmente una extensa llanura que constituye el « granero de arroz » del país, sólo era un gigantesco lago artificial y cenagoso donde flotaban restos de ruinas de casas, de puentes y, a veces, cadáveres de personas que se habían caído al agua y se habían ahogado.

Para llegar a algunos pueblos hacía falta varios días. Abastecer a los habitantes, incluso con helicóptero, no deja de ser peligroso: las palas del rotor producen una fuerte corriente de aire que puede tirar al agua a las personas refugiadas en los tejados; los sacos de arroz que se lanzan desde el aparato son arrastrados a veces por la corriente, cuando no revientan al chocar contra un caballete un poco agudo. Pero, pese a esos accidentes inevitables, se ha prestado auxilio y evacuado a millares de personas. La Cruz Roja Filipina, que ha intervenido distribuyendo víveres en más de un centenar de centros de evacuados de todo el país, en seguida se ocupó de comprar donde fuera posible —en parte, en los servicios gubernamentales— los sacos de arroz que enviaba a bordo de los helicópteros del ejército. Después de una semana de lluvias, cesó la tempestad y las aguas comenzaron a descender.

Pocos días después, hacia el 31 de mayo, la principal carretera que conduce al norte del país, y que por consiguiente atravesaba la llanura inundada, se volvía a abrir al tráfico y los camiones de la Cruz Roja Filipina podían comenzar a reabastecer a las secciones locales, la mayoría de las cuales había agotado todas sus reservas y sus recursos. El llamamiento que hizo la Cruz Roja Filipina a la Liga de Sociedades de la Cruz Roja el 26 de marzo, permitía pensar que no tardaría en recibirse la asistencia exterior indispensable, con lo cual, en muchas regiones, los socorristas, agotados por las idas y venidas incesantes y las dificultades con que tropezaban a veces para comprar víveres, recuperaban la sonrisa...

El 31 de mayo, la Cruz Roja Filipina anunció que en el transcurso de los doce días precedentes había prestado asistencia, a más de 479.000 personas: excelente balance si se piensa en las dificultades con que se tropezaba. Pero todavía quedaba mucho por hacer: miles de personas, especialmente en Manila, cuyos hogares habían sido arrastrados por las aguas en el momento culminante del temporal, se encontraban en los centros de evacuación. Todavía había en el país grupos importantes a los que no se había podido llegar a causa de la inundación de las carreteras y la destrucción de los puentes y, tres semanas después del desastre,

no se podía llegar a algunos pueblos más que en barca, y a caseríos apartados, a pie, transportando los voluntarios los sacos de cincuenta kilos durante uno o dos kilómetros, andando por encima de pequeñas pasarelas de tablas puestas en los arrozales.

En el aspecto sanitario, los problemas han sido siempre los mismos: gastroenteritis y heridas infectadas por las aguas sucias. Unos días después de comenzar el tifón se constituyeron dos equipos de veinticinco personas, que comprendían un médico y enfermeras de la Cruz Roja, los cuales recorrieron los centros de evacuación de la metrópoli antes de salir para las provincias.

La Cruz Roja Filipina ha pensado prolongar durante todo el mes de junio asistencia de urgencia. De esa forma habrán sido beneficiarias del socorro unas ochocientas mil personas por lo menos...

